

po para instruirme ni aun en la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroínas de teatro, porque no había mas que tres horas que estaba hablando. Los señores y el comediante se retiraron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

Luego que salieron me dió diez doblones mi ama, diciéndome: toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen á comer cinco ó seis de mis compañeros y compañeras: procura tratarnos bien. Señora, la respondí, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida á toda la cuadrilla cómica. ¿Qué es eso de cuadrilla? repuso ella. Mira como hablas. No se debe llamar cuadrilla sino compañía. Se dice muy bien una cuadrilla de vagamundos ó de holgazanes; puede decirse una cuadrilla de autores ó de poetas; pero guárdate de volver á decir cuadrilla de comediantes. La nuestra es compañía; y sobre todo los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre; solo á los cómicos de la legua se les puede llamar á veces una cuadrilla. Pedí perdón á mi ama de haber usado una frase tan poco respetosa, suplicándola que disculpase mi ignorancia, y protestando que siempre que hablase de los señores representantes de Madrid, *colectivamente sumptos*, diría compañía, y jamás cuadrilla.

CAPITULO XI.

Del modo con que vivian entre sí los comediantes, y como trataban á los autores.

Al día siguiente muy de mañana salí á campaña para dar principio á mi empleo de mayordomo. Era vigilia; y por orden de mi ama compré buenos pollos, buenos capones, y otros pescadillos de semejante especie. Llevé á casa comida que bastaria para hartar á doce glotonos de profesion en los tres dias de carnestolendas. La cocinera tuvo bien en que divertirse toda la mañana. Mientras ella cuidaba de los guisados se levantó Arsenia de la cama, y se metió en el tocador, donde estuvo hasta medio día. Llegaron entónces los señores comediantes Ricardo y Casimiro. A estos se siguiéron dos comediantas, Constancia y Leonor; un momento despues se dexó ver Florimunda acompañada de un hombre que tenia toda la traza de un caballero majo. El cabello roxo y rizado á la última moda, un sombrero á la inglesa, con su penacho de plumas en figura de ramillete, calzones ajustados, y de tela rica; chupa bordada con flores de oro, y medio abierta, por donde se descubria una finísima camisa con finísimos encaxes; guantes, y pañuelo de cambrai delicadísimo, depositados en la guarnicion ó empuñadura de la espada; capa larga, terciada hácia las espaldas sobre el hombro,

bro, con mucho garbo y exquisita gracia.

Con todo eso, aunque de tan buena traza, y hombre verdaderamente bien hecho, todavía me pareció descubrir en él un no sé qué de extraño que me chocaba. Es imposible (decía yo entre mí) que no sea un hombre original este personage. No me engañé en mi concepto, porque era un carácter singular. Luego que entró en el quarto de Arsenia corrió precipitadamente á abrazar á todas las comediantas y comediantes con mayor intrepidez y algazara que el mozalvete mas atronado. Comenzó á hablar, y me confirmé en mi opinion. Recalcaba sobre cada sílaba, y pronunciaba las palabras con cierto modo enfático, pomposo y gutural, accionando gesticulando, y haciendo con los ojos aquellos movimientos que, á su parecer, estaba pidiendo el asunto. Tuve la curiosidad de preguntar á Laura quien era aquel caballero. Disculpo tu curiosidad me respondió prontamente. Es imposible no tenerla al ver por la primera vez al señor Carlos Alfonso de la Ventolera. Voítele á pintar al natural. Primeramente fué en otro tiempo comediante. Retiróse del teatro por fantasía, y se arrepintió despues por razon. Has reparado en su cabello roxo? pues sábete que es teñido, ni mas ni ménos como sus cejas y sus mostachos. Es mas viejo que Saturno. Sin embargo, como sus padres, quando nació, se olvidaron de hacer que se asentase su nombre en el libro de bautizados, él se aprovecha de este descuido pa-

ra

ra quitarse veinte años por lo ménos. Fuera de eso, es el hombre mas satisfecho de sí mismo que quizá se encontrará en toda España. Pasó los ocho primeros lustros de su vida en una perfectísima ignorancia: y para hacerse sabio encontró despues un cierto Preceptor que le enseñó á deletrear algunas palabras Griegas y Latinas. Aprendió de memoria una multitud de cuentos y chistes, que á fuerza de repetirlos se ha llegado á persuadir que son suyos efectivamente. Házelos venir á la conversacion aunque sea arrastrándolos por los cabellos, y se puede decir de él que lo luce su entendimiento á costa de su memoria. Finalmente, se dice que es un grande actor. Lo creo piadosamente; pero te confieso que nunca me ha gustado. Algunas veces le he oído recitar, y entre otros defectos, es muy visible el de una pronunciacion tan afectada, con una voz tan trémula que da cierto ayre antiguo y ridículo á su declamacion.

Tal fué el retrato que la señora Laura me hizo de aquel histrion honorario, de quien puedo decir con verdad que no he visto mortal mas orgulloso en todos los dias de mi vida. Quería hacer tambien del chistoso y del discreto, sacando de la manga dos ó tres cuentos, que nos encajó en tono muy estudiado, y con todo el ayre de truan. Las comediantas y los comediantes, que ciertamente no habian venido á callar, tampoco estuvieron mudos por su parte. Comenzaron á divertirse á costa de sus camaradas ausentes, á

TOM. I.

ss

la

la verdad de un modo no muy caritativo; pero este defectillo es menester absolutamente perdonársele tanto á los comediantes como á los autores. Calentóse un poco la conversacion á expensas del próximo. ¿Habeis sabido, madamas (dixo Casimiro) la nueva supercheria de Lazarillo? Compró esta mañana un par de medias de seda, cintas y encaxes, disponiendo despues que un page se los presentase en el ensayo como de parte de cierta Condesa. ¡Gran maldad! exclamó el señor Ventolera con cierta risita vana y mofadora. En mi tiempo se usaba mas realidad. Ninguno soñaba en semejantes ficciones. Es verdad que las damas, aun las de mayor distincion, nos ahorran la ruindad y el trabajo de inventarlas. Antes bien las daba la fantasía de venir ellas mismas en persona á presentarnos sus regalos. Pardiez, repuso Ricardo, que esa fantasía aun no se les ha pasado; y si fuera lícito decir todo lo que uno sabe en este punto... Pero es fuerza callar ciertos lances, particularmente quando entran en ellos personas de suposicion.

Señores, interrumpió Florimunda, suplico á Vmds. que dexen á un lado esos lances y buenas fortunas, puesto que todo el mundo las sabe. Háblémos un poco de nuestra Ismenia. He oido que se la ha escapado de las manos aquel señor que gastaba tanto con ella. Es muy cierto, respondió Constanza, y aun diré mas; tambien acaba de perder un rico mayordomo de cierta gran casa, á quien indubitavelmente hubiera dexado sin ca-

misa. Lo sé todo de buena parte. Su Mercurio hizo un fatal *qui pro quo*, trocando dos billetes, porque entregó al señor el que era para el mayordomo, y al mayordomo el que escribia al señor. Dos grandes pérdidas, añadió Florimunda. Oh! replicó prontamente Constanza, por lo que toca á la del señor, es poco considerable. Al tal caballero ya poco le quedaba que dar, porque era cortejante antiguo; pero el mayordomo comenzaba ahora su carrera. No había hecho aun sus caravanas, y así es una pérdida muy digna de llorarse.

A esto se reduxo poco mas ó ménos la conversacion antes de comer, y sobre el mismo asunto continuó durante la comida. Y como nunca acabaria yo si hubiera de contar todas las especies que se tocaron, todas de murmuracion y de vanidad, el lector llevará á bien que las suprima, para referirle el modo con que fué recibido un pobre diablo de autor, que, por su desgracia, llegó á casa de Arsenia hácia el fin del convite.

Entró el lacayo donde estaban comiendo, y en voz alta dixo al ama: señora, ahí está un hombre despilfarrado y mal vestido, que (hablando con el debido respeto) tiene traza de poeta, y dice que desea hablar dos palabras á Vmd. Que suba y entre, respondió Arsenia. Sin duda, señores, añadió, que es algun autor. Efectivamente era uno que habia compuesto cierta tragedia aceptada por la compañía, y traía el papel

pel que habia de representar mi ama. Llamábase Pedro de Maya. Al entrar hizo tres profundas reverencias á la compañía, sin que ninguno de ella se levantase, y ni aun siquiera le saludase. Solamente Arsenia le correspondió con una casi imperceptible inclinacion de cabeza. Fuése acercando un poco, pero siempre temblando y muy embarazado: cayéronsele de las manos los guantes y el sombrero: levantólos, y llegándose á mi ama la presentó unos papeles con mas turbacion y rendimiento que un litigante presenta á su Juez un memorial. Dignaos, madama (la dixo) aceptar el papel que tengo el honor de ofrecer á vuestros pies. Recibióle ella con la mayor frialdad y con cierto ayre de desprecio, sin dignarse siquiera de responder una sola palabra á su cumplimiento.

No por eso se acobardó nuestro autor, el qual aprovechando aquella ocasion de distribuir otros papeles, dió uno á Casimiro y otro á Rosimunda, quienes los recibieron sin mas cortesía ni ceremonias que las que habia practicado Arsenia. Antes por el contrario Casimiro le insultó con ciertas graciosas quemazones picantes; pero el buen Pedro de Maya las llevó en paciencia, y no se atrevió á retrucarle porque no lo pagase despues su trágica composicion. Retiróse sin decir palabra, pero á mi parecer vivamente resentido del recibimiento que le habian hecho. Tengo por cierto que allá dentro de sí no dexaria de apostofrar á los comediantes como

mo merecian; y estos, despues que él salió, comenzaron á hablar de los autores como acostumbraban. Paréceme, dixo Florimunda, que el señor Pedro de Maya no ha ido muy contento de nosotros.

Y bien (interrumpió Casimiro con viveza) ¿qué nos importa esto? ¿ni qué cuidado os dá? ¿Por ventura son dignos de nuestra atencion los autores? Si los hiciéramos iguales á nosotros seria el mejor medio para echarlos á perder. Conozco bien á esos pobres diablos, y porque los tengo tan conocidos sé que si los tratáramos de otra manera, presto se olvidarian de lo que son, y nos perderian el respeto. Trátemoslos, pues, como esclavos, y no tengamos miedo de que les apurémonos la paciencia. Si enfadados se retiraren de nosotros algun tiempo, no durará mucho: el furor de escribir los hará presto volver á buscarnos, y darán gracias á Dios si nos dignamos de representar sus obras. Tienes mucha razón, dixo entonces Arsenia: solamente perdemos aquellos autores cuya fortuna labramos con nuestra habilidad, pues luego que los hemos acreditado y puesto en parage de que tengan que comer, se dan á la ociosidad y ya no quieren trabajar. Pero al fin la compañía se consuela, y el público tiene menos que sufrir.

Aplaudiéron todos uno y otro discurso, concluyendo que los autores, á pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les quedaban muy obligados, porque les eran deudores de

de todo lo que tenían. Así los abatían los histriones, haciéndolos inferiores á ellos, y ciertamente no podían despreciarlos mas.

CAPITULO XII.

Toma Gil Blas gusto al teatro, entrégase enteramente á los enredos de la vida cómica, y poco despues se disgusta de ella.

Los convidados se quedaron hablando sobre mesa hasta que llegó la hora de ir al teatro. Entonces marcharon todos á él. Seguílos yo, y ví también la comedia que se representó aquel día. Gustóme tanto que resolví no perder ninguna. Así me fuí insensiblemente acostumbrando á los actores: á tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atención aquellos que hacían mas gestos y mas contorsiones en las tablas, y no era yo solo de este gusto.

No me lo daba ménos la discreción de las piezas que el modo con que se representaban. Algunas verdaderamente me encantaban: sobre todo aquellas en que se dexaban ver á un mismo tiempo en el teatro todos los Cardenales, ó los doce Pares de Francia. Aprendía de memoria muchos trozos de aquellos incomparables poemas. Acuérdomé que en dos días tomé de memoria toda entera una comedia famosa, intitulada: *La Reyna de las flores*. La Rosa era la reyna, tenía por confidenta á la Violeta, y por

es-

escudero al Jazmin. No había para mí obras mas ingeniosas que las parecidas á estas, persuadido á que hacían mucho honor á nuestra nación.

No me contentaba con adornar mi memoria atestándola bien de semejantes maravillosas obras, sino que también me apliqué á perficionar el gusto; y para conseguirlo escuchaba con la mayor atención el parecer de los comediantes. Si alababan una pieza yo la estimaba; y despreciaba todas aquellas de que les oía hablar mal. Parecíame que eran tan inteligentes en esto de comedias, como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo observé que la tragedia de Pedro de Maya fué muy aplaudida, aunque ellos habían pronosticado que todos la silvarían. Pero no bastó esta experiencia para que su crítica se me hiciese sospechosa; y antes quise creer que al público le faltaba gusto y sentido, que dudara de la infalibilidad de la compañía. No obstante me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplausos aquellas nuevas comedias de que los actores tenían mala opinion, y por el contrario, silvadas de la mosquetería todas aquellas que ellos celebraban mas. Decíanme que era regla ó máxima suya general hablar siempre mal de las obras, y me citaban mil exemplos de las piezas que habían desmentido sus rotales decisiones. Todo esto fué menester para que al cabo me desengañase.

Jamas me olvidaré de lo que sucedió un día

en

en que se representó una comedia nueva. Habíanles parecido á los comediantes fria y fastidiosa, adelantándose á pronosticar que el auditorio se saldria ántes que se acabase. Con esta preocupacion representaron la primera jornada, que mereció grandes aplausos. Admirólos mucho esto. Representaron la segunda, la qual aun fué mas aplaudida que la primera. Y hé aquí á todos mis pobres actores desconcertados. ¡Cómo diablos es esto! exclamaba Casimiro. Representaron la tercera, que fué sin comparacion mas celebrada que las otras dos. Yo no lo entiendo, dixo Ricardo. Yo sí, dixo entónces con mucha naturalidad otro comediante. A nosotros nos pareció que tendria mala fortuna esta comedia, porque no entendimos mil delicados pensamientos y mil finisimas gracias, de que estaba llena. Desde entónces dexé de tener á los comediantes por buenos jueces, me hice justo apreciador de su verdadero mérito. Justificaban ellos mismos todo lo ridículo que la gente instruida motejaba. Veia yo claramente que los aplausos nada merecidos tenían echados á perder tanto á los cómicos como á las cómicas, los quales considerándose como personas de suma importancia y objetos dignos de admiracion, estaban persuadidos á que hacian gran favor al público en divertirle. Dábanme muy en rostro sus defectos; mas, por mi desgracia, su modo de vivir llegó á gustarme demasiado, y así me ví metido de pies á cabeza en el desenfreno y en la disolucion.

cion. Ni podia ser otra cosa. Todas sus conversaciones eran perniciosas á la juventud, y nada veia en ellos que no contribuyese á estragarme. Aun quando no supiera yo todo lo que pasaba en las casas de Constancia, Casilda y las demas comediantas, bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Además de aquellos señores ya viejos de que hablé ántes, concurrían á ella varios petimetres, y no pocos hijos de familia, que encontraban en los usureros todo el dinero que habian menester para arruinarse. Alguna vez recibían tambien á ciertos agentes de quienes se servían, los quales en vez de ser pagados por su trabajo, las pagaban á ellas porque se dexasen servir.

Florimunda vivia pared en medio de Arsenia, y todos los dias comían y cenaban juntas. Estaban las dos tan unidas que causaban admiracion en gente de su oficio, y se creía que tarde ó temprano se rompería su union á causa de zelos, vanidad ó envidia; pero las conocían mal los que pensaban así. Era muy verdadera su amistad. En lugar de ser zelosas como las demas mugeres, hacían vida comun. Gustaban mas de repartir entre sí los despojos de los hombres, que de disputarse neciamente sus amorosos suspiros.

Laura, á exemplo de estas dos ilustres compañeras, aprovechaba tambien el tiempo, no dexando malograr lo mas florido de sus años. Habíame ella dicho que vería buenas cosas, y

no me engañó. Con todo eso yo no hacía del zeloso, por haberla prometido que procuraría inbuirme en el espíritu de la compañía. Disimulé por algun tiempo contentándome con preguntarla el nombre de los hombres con quienes la veía en conversacion particular. Siempre me respondia que era un tío ó un primo carnal suyo. ¡Oh y cuánta multitud tenia de parientes! Su familia debia ser mas numerosa que la del Rey Príamo. Mas no era negocio de atenerse únicamente á su infinita parentela: hacia tambien sus excursiones fuera del árbol genealógico, y no se olvidaba de ir de quando en quando á representar el papel de señora viuda en casa de la vieja de marras. En fin, Lauria (por dar al lector una justa y precisa idea de su persona) era tan jóven, tan linda y tan alegre como su ama, excepto que esta divertia al público públicamente, y la criada solo lo divertia en privado. Yo cedí al torrente, y por espacio de tres semanas me entregué á todo género de placeres y pasatiempos; pero debo decir que en medio de ellos me sentia despedazado de crueles remordimientos, efectos de mi educacion, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la disolucion de tan saludables remordimientos: al contrario, eran mayores quanto mas me abandonaba á mis desórdenes. Comenzaron estos á causarme horror, gracias á las luces del cielo y á la docilidad de mi natural constitucion. ¡Ah desventurado! me decía yo á mi mismo.

¿Es esto lo que esperaba de tí tu familia? ¿No te basta haberla engañado habiendo tomado otra carrera que la de Preceptor? ¿El verte precisado á servir te dispensa de cumplir con las leyes de cristiano y de hombre de bien? ¿Parécete que te puede ser de algun provecho el vivir entre gente tan viciosa? En unos Reyna la envidia, la cólera y la avaricia; el pudor y la vergüenza están desterrados de otros; estos se abandonan á la intemperancia y á la pereza; aquellos al orgullo y á la insolencia. Esto es hecho: no quiero vivir mas con los siete pecados capitales.

FIN DEL PRIMER TOMO.